

## *Ligados inseparablemente*

Francisco R. Calderón



Hace unos meses la Yale University Press publicó el libro *Bound Together. How traders, preachers, adventurers and warriors shaped globalization* del economista indio Nayan Chanda, cuyo objeto es probar que la civilización está constantemente conformada por un proceso de globalización connatural al hombre que empezó hace miles de años y que probablemente nunca terminará. Aunque siempre ha existido, la diferencia entre la globalización de tiempos pasados y la actual es la velocidad que ha alcanzado en nuestros días.

Chanda explica que la globalización no es un mecanismo

de explotación de los países pobres por los países ricos como pretenden los marxistas (que todavía los hay), ni tampoco el producto del intercambio libre de mercancías, servicios y capitales y ni siquiera la estandarización de las expresiones culturales en el mundo como resultado del intercambio no sólo de mercancías sino de ideas; para el autor es todo eso y además la consecuencia del contacto físico entre los hombres a través de las migraciones.

Todo comenzó cuando un pequeño grupo de vecinos de una pequeña aldea del centro de

África emigraron en búsqueda de mejores condiciones de vida y se esparcieron por todo el mundo; los actuales 5,000 millones de habitantes de este planeta descienden de estos aldeanos emigrantes africanos. Las diferencias físicas entre los humanos que dan la base a lo que llamamos razas se forjaron a lo largo de milenios por las grandes disparidades geográficas y climáticas y por la selección natural.

Como las diferencias entre las razas son externas, nos impresionan fuertemente y nos llevan a concluir que existen diferencias de similar magnitud por debajo de la superficie

de la piel, es decir en el resto de nuestra configuración genética; pero esto simplemente no es así pues nuestra configuración genética es la misma entre un hombre y otro.

La gran novedad que expone el libro es que no sólo la humanidad descende de ese grupo sino de una sola pareja. Los científicos de la Universidad de California, Berkeley, el neozelandés Allan Wilson y la estadounidense Rebecca Cann han demostrado a través de pruebas de ADN que todos los humanos descendemos de una misma mujer que vivió hace 200,000 años; obviamente ésta no era la única mujer existente en aquella época sino que fue la única que tuvo la suerte de que sus descendientes sobrevivieran.

Igualmente el genetista italiano Luigi Cavallo-Sforza y su colega Peter Underhill han encontrado que el cromosoma Y que se transmite de padre a hijo permite determinar que los emigrantes africanos de milenios atrás lo tenían, por lo que puede ser rastreado a un mismo hombre africano, el común antepasado de todos los humanos vivientes en la actualidad. Uno puede asegurar conforme a estos hallazgos que todos descendemos de una sola pareja y de que literalmente todos somos hermanos y pertenecemos a la misma familia. En adición Chenda cita el caso de Nicholas Kristof, columnista del *New York Times*, hijo de un inmigrante eslavo

de Estados Unidos que deseó conocer el origen racial de sus antepasados por medio de estudios del ADN y descubrió que entre ellos había finlandeses, polacos, armenios, escoceses, judíos, alemanes, noruegos y ¡africanos! Lo que lo llevó a concluir que todos los hombres somos mestizos.

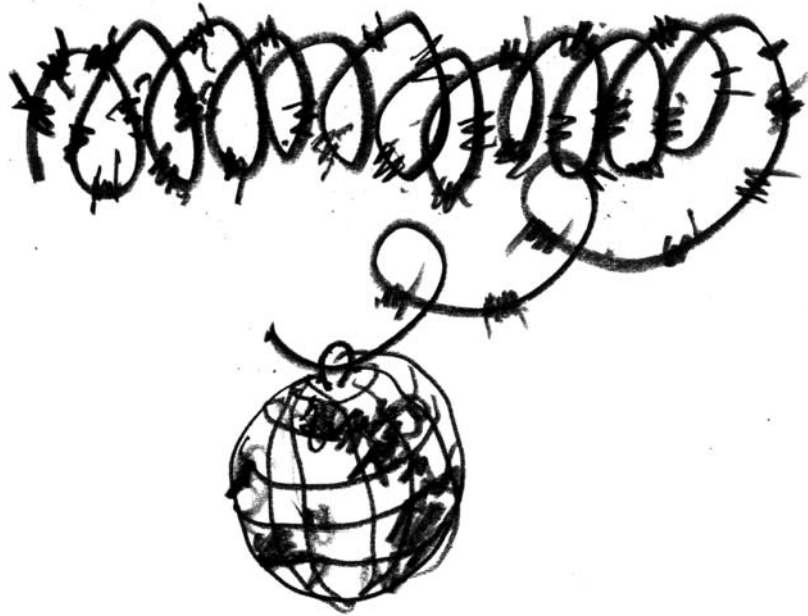
Las migraciones han continuado a lo largo de los milenios: los asiáticos hacia América y Oceanía, los celtas primero y los germanos y eslavos después hacia Europa, los europeos hacia Oceanía y América, la infame trata de esclavos entre África y América y en los tiempos actuales la migración de africanos, turcos e indios hacia Europa y de latinoamericanos hacia Estados Unidos. La migración es un movimiento natural de la gente que busca mejores condiciones de vida, que siempre ha existido y que no pueden interrumpir ni leyes ni muros.

Igualmente el desarrollo comercial “desde el camello hasta el internet” ha ido formando un mercado global. Ya hubo un importante comercio entre el Egipto faraónico y los pueblos del Cercano Oriente, entre China con el sudeste asiático, en el Mediterráneo gracias a griegos, fenicios y romanos, en el Báltico donde los vikingos llegaron a comerciar con los bizantinos a través de los ríos rusos, sin olvidar la Ruta de la Seda desde la China central hasta Roma y el comercio de las especias desde la actual Indonesia e India hasta Bizancio y Alejandría,

donde los venecianos, genoveses y pisanos las tomaban para distribuir las por Europa y finalmente el tráfico de los europeos con Asia, ya fuera rodeando los cabos de Buena Esperanza y de Hornos o entre Acapulco y Manila.

Gracias a estos movimientos comerciales, productos que al principio eran locales se han universalizado, como por ejemplo el café y el té. En todos los casos los beneficiarios han sido los consumidores y por ello no hay proteccionismo que pueda interrumpir el comercio entre naciones y continentes. El intercambio comercial ha llevado a la difusión de conocimientos técnicos y científicos desde la Antigüedad: el papel y la pólvora de China, la numeración, el cero, el álgebra y los logaritmos de árabes e indios, el magnetismo y la electricidad de griegos y chinos.

En la integración de una cultura cada vez más globalizada han contribuido la extensión de las grandes religiones como el cristianismo, el islam y el budismo, gracias a la prédica de celosos misioneros, así como a las acciones de aventureros como viajeros, exploradores, navegantes, conquistadores y guerreros. Fue también factor decisivo de globalización la constitución de grandes imperios como el de Alejandro Magno, el Imperio Romano, el de los mongoles, el Español, el Portugués, el Británico y, aunque los olvide Chenda, el Holandés y el Francés.



A pesar de esta evolución permanente de la humanidad hacia la globalización por las vías de las migraciones, del comercio, de las ideas y de los adelantos científicos y técnicos, ahora la aceleración del proceso ha despertado la oposición violenta de los más diversos sectores, los “globalifóbicos”, como los bautizó el Presidente Zedillo, quienes buscan a través de aranceles, prohibiciones, muros, cuotas y motines en Seattle o en Cancún volver al más cerril proteccionismo mercantilista y al racismo que se creía superado.

Algunos de los opositores a la globalización son grupúsculos que siguen profesando los dogmas de la religión marxista, pero la gran mayoría son los movidos por el miedo; entre los temerosos se pueden citar en los países desarrollados las empresas y los obreros que creen no poder resistir la competencia de los países más competitivos gracias a su más bajo nivel de

salarios y que suponen que emigrarán sus puestos de trabajo a otras latitudes; en los países en vías de desarrollo están las empresas y los campesinos que temen ver abatirse sus magros niveles de vida ante la competencia de los países industrializados de mayor productividad.

Es cierto que en muchas ocasiones sectores enteros de la economía de algunos países se han visto afectados y a veces han desaparecido por la competencia inherente a la globalización pero otros se han visto beneficiados por ella y han ocupado los mercados abandonados por los primeros; Chanda presenta el caso de China donde casi la tercera parte de sus 1,300 millones de habitantes ha salido de la pobreza, y el de la India donde una menor pero significativa proporción ha ascendido a las filas de la clase media gracias en buena medida a la apertura de su comercio exterior y en general a la globa-

lización. A lo anterior se podrían agregar los casos de Argentina, Brasil y Chile, que se han beneficiado por el crecimiento vertical de la demanda china e india de alimentos y materias primas.

La verdad es que los innegables problemas causados por la globalización han sido compensados por mucho por las ventajas que ha atraído, prueba de esto además de los casos de los países mencionados son entre otros los de Taiwán, Corea del Sur, Singapur, Vietnam e Irlanda, donde cientos de millones de personas, consumidores y productores han visto sus vidas transformadas para bien.

Los alambres de púas, los muros, las patrullas, las aduanas y las oficinas de control migratorio que intentan separar una nación de otra no pueden cambiar el hecho de que todos los hombres estamos ligados inseparablemente por las invisibles ataduras de la historia. **B**